

## VI

Los gérmenes de la muerte habían penetrado profundamente en la delicada constitución de lady Bowerbank; pero se desenvolvían con gran lentitud.

Quizá contribuía á esto la paz profunda, en la cual, exteriormente por lo menos, se deslizaba su vida; mas la verdadera causa de que tardase en llegar la muerte consistía en que no sentía las agitaciones, la inquietud ni las amargas pruebas que hieren y quebrantan una existencia.

Ya no sufría; durante algunos días pareció que adquiría nuevas fuerzas y que tomaba interés en las cosas exteriores: el interés afectuoso del que va á partir muy pronto; cuidaba, sobre todo, de llenar escrupulosamente todos sus deberes respecto á su marido; pero su vida era la de una mujer enferma y cuidada con el mayor esmero y solícitud, no tanto por su marido como por las órdenes de éste.

Sir Bowerbank salía mucho, y había vuelto á sus costumbres de soltero, género de vida que había llevado en el intervalo de su

primer matrimonio, hasta su unión con Fany Kendal.

—El es dichoso, y no me echará de menos,—pensaba la doliente joven, mirando salir á su marido.

Mistress Knowle, según su promesa, recogió algunos informes acerca de los esposos Stenhouse: vivían en Londres con los módicos emolumentos que Dexter cobraba en una casa de comercio; su reputación de excelente marido y de buen padre de familia estaba sólidamente cimentada. La prudente matrona guardó para ella sus noticias, y nada dijo á Fany del hombre á quien había amado.

Dexter Stenhouse contestó tan tarde como la cortesía lo permite á la felicitación que se le había dirigido por su matrimonio; en su carta á mistress Knowle había escrito lacónicamente:

*Mi esposa y yo saludamos á sir John y á Lady Bowerbank, y les damos mil gracias por el parabien que nos envían.*

La buena Emma leyó este párrafo á su amiga, y vió que sus ojos se llenaban de lágrimas al escucharlo.

—Hubiera podido ser un poco más amable,—murmuró Fany;—como no sabe lo que ha sucedido, no me perdona ni perdonará hasta que haya muerto.

Muchos días pasaron; Fany Kendal y Dexter Stenhouse vivían cumpliendo sus debe-



res respectivos. Acaso llenaban sus almas pensamientos bien amargos cuando se despertaban en el silencio de la noche; acaso ambos á la vez pensaban en su pasado, en su amor mutuo, joven é inocente, en la crueldad de los que los habían separado para siempre.

¡Hondos y sombríos misterios son los del alma humana! ¡Acaso los dos amantes alimentaban una sorda irritación contra los hombres; quizá culpaban á la Providencia porque les había dado tan amargo destino en esta vida mortal, tan corta para la dicha, tan larga para la desventura!...

Cada día parecía más evidente que el segundo matrimonio de sir John Bowerbank sería de tan corta duración como el primero, que ya habían olvidado muchas gentes; era muy grande la simpatía que inspiraba aquella frágil criatura, que dulcemente y con una resignación conmovedora descendía á la tumba, sin saber por qué. Todos los médicos de Liverpool, y algunos de Londres, habían sido llevados á su mujer por sir Jhon, del cual la aflicción, aunque no muy demostrativa, era evidente; pero ninguno pudo curarla, ni aun darse cuenta clara de lo que tenía. Debilidad hereditaria, anemia, falta de fuerza vital; todos estos nombres daban á su enfermedad, pero ningún ser humano, excepto mistress Knowle, conocía el verdadero nombre de la misteriosa dolencia que á todos los traía tan preocupados.

Por las noches, cuando la buena señora hacía calceta al lado de su marido, que ya iba dejando de ser joven, le decía con acento dolorido:

—¡Pobre Fany! Si hubieran dejado á esos dos pobres muchachos sostener la ruda batalla de la vida, como nosotros hemos hecho en nuestro tiempo, Edward, hubieran sido muy dichosos.

Edward, que no tenía nada de sentimental, y que pagaba su tributo al penoso reuma, contestaba con un signo de aprobación y dirigía á su esposa una ligera y ambigua sonrisa; y hallando, sin duda, el asunto de la conversación algo escabroso, se iba á acostar.

Lo que mistress Knowle estaba muy deseosa de saber, era cómo los esposos Stenhouse se arreglaban con el pequeño sueldo del marido y sus tres hijos; Dexter parecía querer renunciar á sus amigos de Liverpool, porque mistress Knowle le escribió repetidas cartas, y recibía á cada una de ellas, y tras un largo intervalo después de la recepción, una respuesta cortés, pero bastante fría; nada le decía de lo que ella anhelaba tanto conocer, ni le preguntaba tampoco nada acerca de lo que ella deseaba contarle.

—¡Y esta pobre niña se muere! ¡Y él lo ignora!—decía ella, lamentándose, algunas veces.

—¿Y de qué serviría que lo supiese?—observaba el marido con su lógica habitual.

—Fany, por su parte, ignoraba la situación



penosa de su antiguo amante. Mistress Knowle tenía gran cuidado en ocultársela, para no amargar la lenta y apacible agonía de la joven. Dexter había hallado en su nueva vida una lucha de todos los momentos: la pobreza, con su ceñudo rostro, se había sentado á su puerta: la mujer que había enlazado á su destino era una criatura nerviosa, delicada y sin energía: tenía tres niños que alimentar y vestir por obligación, y sin que el amor paternal pudiese dulcificar la rudeza de aquel deber; y sobre todo esto sentía el vacío, el abismo abierto en la vida de un hombre valeroso, fiel, de corazón recto, cuya vida estaba consagrada al amor de una mujer, y que no puede olvidarla ni durante el día ni durante el sueño.

Muy raros son los hombres de este temple, pero Dexter Stenhouse era uno de ellos: había encerrado su secreto en lo más hondo de su corazón, y sin arrepentirse de su casamiento, trabajaba valerosamente para la mujer y para los hijos de otro, que la Providencia había puesto á su cuidado: alejóse de sus antiguas relaciones hasta el punto de que los esposos Knowle hicieron lo que en la apariencia deseaba, y dejaron su trato.

Pero aún quedaba una persona adherida á él con una tenacidad casi fatal, y ésta persona era sir Bowerbank: era éste también uno de esos hombres que cuando quieren esperan siempre.

¿Se sentía atraído por una simpatía secreta hacia el joven Stenhouse, que le recorda-

ba lo que él mismo había sido en su juventud?

Lo que había de positivo era que el jefe de la casa no perdía jamás de vista á su antiguo dependiente; y cuando un día Knowle habló de lo oportuno que sería pensar en un asociado joven, el primer nombre que se le ocurrió á su socio y amigo fue el de Dexter Stenhouse.

Mister Edward Knowle quedó, al oirlo, muy embarazado y muy perplejo.

—Bien, bien,—dijo con aire confuso,—pero antes quisiera hablar de eso con mi mujer.

—Como queráis,—repuso riendo Bowerbank,—pero á mi jamás se me ha ocurrido consultar á ninguna mujer en cosas de negocio.

—Ya lo sé, ya lo sé,—se apresuró á decir el buen Knowle, que halló una salida;—pero deberíais en el caso presente consultar á Milady; yo así lo deseo.

—¿Por qué?

—Porque ya veis, un asociado con esposa es un arco de iglesia para las señoras, á causa del trato que se establece y de la intimidad que puede seguirse: yo imagino, y esto es sólo una idea mía, que halagaría mucho á nuestras respectivas esposas el que les consultáramos acerca del particular: ¿os parece que Emma hable á lady Bowerbank?

—No veo en ello inconveniente; pero me parece poco razonable el mezclar los negocios á los asuntos domésticos: por otra parte, es una pérdida de tiempo, y salvo vues-



tro asentimiento, pienso escribir esta tarde á ese joven haciéndole una proposición.

El acento de sir John decía bien claro que sabría pasarse muy bien sin el asentimiento de su consocio: era muy terco, y Knowle lo sabía perfectamente.

Escribió, en efecto, á Stenhouse, y recibió una negativa claramente formulada.

Sir John se disgustó profundamente; la respuesta á su carta le había sido remitida telegráficamente, y no por el correo, como si aquél hubiera querido demostrar su prisa en rehusar lo que se le ofrecía.

Sir John escribió de nuevo, haciendo tales proposiciones, que creyó imposible el que nadie pudiera negarse á ellas; no obstante, la negativa llegó por el correo siguiente.

—Preciso es que esté loco,—dijo el esposo de Fany á su asociado.

—Puede ser muy bien,—respondió el otro lacónicamente.

—¡Tiene hijos, una mujer delicada, y apenas gana para mantenerles con pan y queso! porque, á ruegos de mi mujer, he tomado informes acerca de su posición. Fany se interesa mucho por la esposa de Stenhouse: lo mejor es que ella le escriba para que decida á su marido á no persistir en su locura: yo hablaré de esto á mi mujer.

Fany sabía todo lo que pasaba; la excelente mistress Knowle, llena de turbación, se lo había contado todo; pero los temores de la buena Emma no tenían razón de ser. Fany no demostró la señal más leve de emo-

ción, limitándose á decir que un asociado semejante sería de gran utilidad para la casa; que mister Stenhouse hallaría gran provecho en ello, y que esperaba que todo se arreglaría al fin satisfactoriamente.

Calló dichas estas palabras, y se quedó con los ojos fijos en el sol poniente; su mirada tenía una expresión de indecible dulzura.

—¿No tenéis ninguna objeción que hacer, querida Fany?—interrogó mistress Knowle.

—No, ¿y cual podría hacer? *Ahora* ya ninguna.

Cuando la pacífica Emma contó la escena á su marido, añadió como comentario:

—Por lo que estoy segura de que la pobre niña se siente morir.

Por la tarde, cuando los dos esposos fueron á casa de sir Bowerbank, hallaron á Fany tendida en un sofá; su palidez era la de una persona que va á espirar; su marido estaba sentado cerca de ella, tranquilo y atento, procurando distraerla con su conversación, y contándole todas las noticias del día para divertirla un poco; hacía ya muchos días que no se sentaba á la mesa, y debía quedarse sola durante la comida.

—Venid á ayudarme, mistress Knowle,—dijo cuando vió llegar á los esposos;—las mujeres os entendéis muy bien; en este momento hablaba á mi mujer de la locura, verdaderamente extraordinaria, de ese joven, que rehúsa venir á nuestra casa; ó es una manía ó acaso le hemos ofendido sin saber-



lo; no podemos privarnos de sus servicios, ni dejarle que se corte la cabeza; solicitaba de Fany que escribiese á mistress Stenhouse, para que ésta persuada á su marido; tiene derecho á hacerlo, por el mucho interés que, cuando quedó viuda, tomó por esa señora.

—La caridad no implica el derecho,—objetó Fany con voz temblorosa.—Sin conocerla, ¿cómo la he de escribir? ¿qué le diré?

—Habladle solamente el lenguaje del buen sentido; decidle que una colocación como ésta no se presenta dos veces en la vida. Que es preciso para Stenhouse aprovecharla; es tan pobre, que apenas puede dar pan á su familia; asociándose á nuestra casa hará fortuna.

—¡Hacer su fortuna!—repitió Fany tristemente.—¡Si hubiera sido antes!... ¡Ahora es demasiado tarde!

—¿Demasiado tarde? ¡Stenhouse no tiene más de treinta años!

—Treinta y uno y medio.

Sir Bowerbank pareció muy sorprendido.

—Olvidaba que me habíais dicho le conocíais,—repuso mirando á su mujer.

—Sí, le he conocido. Mistress Knowle lo sabe bien, porque fue en su casa donde nos encontramos; debí haberme casado con él, porque me quería mucho: mi padre se opuso á ello.

Fany dijo todo esto como si fuera la cosa más sencilla del mundo: tranquilamente, sin emoción, y como si se tratase de otra perso-

na: esta frágil criatura parecía completamente aiena al mundo y á sus pasiones; no se podía dudar de que llegaba á los umbrales de la eterna vida.

—¿Queréis que me retire?—preguntó Emma, deseando que le dijese que no, pues advertía en el semblante de la joven una expresión que no tenía nada de terrestre.

—¡Oh, no! No os separéis de mí,—respondió Fany.—Nadie como vos puede decir á mi marido cuanto desee saber: él no ignora que soy un pobre ser muy débil; pero bien pronto terminará todo, y es lo mejor que nos puede suceder.

—¡Hablad, Fany, hablad!—dijo sir John.—Tengo miedo de comprenderos.

La joven empezó con voz baja y débil la triste historia de sus amores; nada ocultó á su marido, ni su amor á Stenhouse, del que había sido tan cruelmente separada, ni el dolor que había guardado oculto en el fondo de su pecho, y que había ido desecando poco á poco las raíces de su vida.

Sir Bowerbank tenía sesenta años, y entendía poco de aquella historia de juventud y de amor; y aunque él había sido joven y había amado, el recuerdo de aquella edad estaba entonces muy lejos de su imaginación.

Tomó entre las suyas las manos enflaquecidas de su mujer, y dijo:

—No os agitéis así, yo os lo ruego, querida mía; eso os hace daño; decidme solamente lo que deseáis que yo haga.

—¿No me culpáis?



—No, querida mía, no; esas desgracias ocurren todos los días por la ambición de los padres; tranquilizáos, y no lloréis; yo os perdono y os amo tanto como os compadezco.

—Ya sabéis ahora, amigo mío, —dijo Fany, extendiendo hacia su marido su mano, en la que brillaba el anillo matrimonial sujeto por otro de diamantes;—ya sabéis el por qué Dexter Stenhouse es insensible á vuestra bondad; su corazón ha sido herido cruelmente; á él le han dicho una cosa, y á mí otra distinta; de esta suerte nos han separado.

—No penséis ya en eso, —dijo sir John, —en cuyo acento había un poco de amargura: ¿para qué? el mal está hecho: él está casado y vos también: aunque yo muriese, ya no podríais uniros á él.

—¡Oh! ya no pienso en la dicha, sino en la muerte, —observó Fany dulcemente;—¡sí, siento que me muero, y es para mí muy amargo, sin que me haya perdonado! Le han tratado indignamente: muchas veces he querido rogaros una cosa, pero nunca me he atrevido... Ahora tengo más valor... ¿seréis tan bueno que me la concedáis?

—¿Y qué es, querida mía?

—Permitidme ver una sola vez á Dexter antes de morir: verle media hora, diez minutos siquiera...

—No habléis de morir: felizmente espero que viviréis largos años.

Fany mecía dulcemente la cabeza.

—¡Vos sabéis lo contrario tan bien como

yo misma, y no os pediría semejante acto de bondad si no me hallase á las puertas del sepulcro! ¡concededme que le vea! —prosiguió con acento suplicante:—sólo quiero decirle la verdad: que no he sido yo quien le ha engañado: ya sabéis que es un hombre honrado y quiero evitar el que su vida sea emponzoñada por el pensamiento de que he sido culpable, infiel, y que he sido causa de que mi opulento marido le insulte con ofertas de protección y de bondad. Con la verdad hallará la explicación de todo: algunas palabras sinceras, y Dexter quedará consolado: mi bueno, mi noble amigo, ¿no me concederéis el último favor que os pido? Mistress, Knowle, interceded por mí.

—Yo creo que vuestra esposa pide una cosa justa, —dijo con tono firme Emma.

—Bien está; podéis arreglar este asunto con Fany, señora, —dijo sir Bowerbank levantándose; solamente os ruego que mi pobre mujer no se aflija demasiado.

—¡Gracias! —murmuró con voz apenas inteligible la pobre joven;—sois conmigo caritativo, querido John; pronto moriré y reposaré tranquilamente en la tumba, como vuestra primera esposa, de la que nunca me habéis hablado... ¿verdad que os amaba mucho? ¡Oh, sí, estoy segura de ello, porque sois el mejor de los hombres.

Sir Bowerbank se dejó caer de nuevo en su asiento y se cubrió el semblante con ambas manos.

—Sí, —murmuró con un sollozo.—¡Pobre



Juana mía! ;Me'amó con todo su corazón!

El silencio siguió á estas palabras; el pensamiento de sir John vagaba por los lugares donde se había deslizado su primera juventud, y veía á su primera esposa, á la compañera de sus días de pobreza y de escasez, tan amante, tan sencilla, tan fiel y tan tierna; cuando separó sus manos, había en sus mejillas huellas de lágrimas.

—Vamos, Fany, no hablemos más de cosas tristes; hablad á Stenhouse cuando queráis, y si podéis persuadirle para que sea mi asociado, tanto mejor; insistid sobre el punto de que no necesitamos dinero, lo que nos hace falta á Knowle y á mí es un hombre joven, activo y honrado; pensad en esto, mistress Knowle, porque vos seréis la que escriba la carta probablemente. Tened cuidado de mi pobre Fany, y no permitáis que se entristezca.

—Estad tranquilo, sir John.

—Hasta muy pronto.

El digno comerciante salió, y las dos mujeres quedaron solas.

## VII

La esposa de Dexter Stenhouse era una joven bonita, dulce, lánguida, bastante Perezosa, como lo son generalmente las criollas de la India inglesa, y que, á pesar de su actual pobreza, se pintaba mucho y se vestía bien.

Era evidente que su matrimonio con el apasionado y sentimental Dexter Stenhouse había sido, como otros muchos, obra de las circunstancias, y que el marido había vuelto casi en seguida á su vida anterior; vida de acción de negocios, donde su generoso corazón hacía mucho bien.

Dexter recibió una esquela muy concisa de mistress Knowle, en la que le decía lo que le había dictado lady Bowerbank; que, estando muy enferma, deseaba verle antes de morir como á un antiguo y fiel amigo.

Mistress Stenhouse no era mujer capaz de tomarse gran interés por el pasado de Dexter ni por su perdido amor; el cuidado de sus tres hijos la agobiaba; cuando su marido le enseñó la carta en que le llamaban, se encogió de hombros. Dexter partió inmediatamente para Liverpool.



Sus antiguos amigos apenas podían reconocerle; su lealtad, su alegría, su expansión, habían desaparecido: una reserva absoluta le envolvía como un tupido velo; su palidez mate hacía parecer más negros y más severos sus grandes ojos negros; parecía haberse replegado en sí mismo, y se hubiera dicho que estaba decidido á pasar el resto de su vida en una grave y melancólica independencia.

Fue en seguida á ver á los esposos Knowle y habló de su casa y de su mujer con interés; pero sin emoción alguna; sus ojos permanecieron secos, cuando antes se volvían á cada instante brillantes y húmedos.

Cuando los hombres se casan tarde, pero según su corazón, sus maneras, pasan de un frío glacial á un calor comunicativo; no había sucedido esto á Dexter; los esposos Knowle vieron, desde la primera mirada, que en el corazón de aquel hombre, que por honor y por conciencia debía ser fiel hasta la muerte á la mujer que había elegido, la antorcha del himeneo, que arde sin consumirse, no se había encendido ni se encendería jamás.

Stenhouse volvía silencioso y concentrado; la experiencia adquirida en sus viajes y el pertinaz dolor que devoraba su corazón por la pérdida de Fany le habían cambiado; había llegado á ser impenetrable en sus sensaciones y en sus sentimientos.

Mistress Knowle le habló de lady Bowerbank y de su estado desesperado de salud.

le contó la triste historia de su casamiento y de la carta hallada en el pupitre de sir Kendal.

Dexter Stenhouse no demostró otra cosa que una gravedad triste, guardando un profundo silencio.

—¡Así sois los hombres!—añadió mistress Knowle con amargura cuando refirió esta escena á su marido.

—Es verdad, así son los hombres,—repuso éste gravemente,—los que son dignos de este nombre sienten mucho y hablan poco; las mujeres debéis aprender á respetar esa paciencia viril, que, en presencia de lo absoluto é inevitable, se somete, y que, sea cualquiera la pena que siente, no la deja adivinar por ningún presentimiento exterior.

Al día siguiente de su primera conferencia, Stenhouse volvió á casa de mistress Knowle.

—Os doy mil gracias, señora,—le dijo, tendiéndole la mano,—de todo el interés que os habéis tomado por mí... y por ella. ¿Se halla en estado de recibirme? Si es así, partamos al momento.

Emma hizo venir un carruaje, subió á él con Dexter, y ambos atravesaron, milla tras milla, la comarca árida y triste que rodea á Liverpool.

Los dos amigos hablaron muy poco durante el trayecto. Mistress Knowle reunió una vez todo su valor y dijo:

—Mi querido amigo, no habléis á Fany



de su padre; ya sería inútil, pues que ha muerto.

Stenhouse se puso de color de púrpura, y sus ojos lanzaron llamas.

— Perded cuidado,— repuso dominandose.— me acordaré de que ha muerto; pero yo debía haber elegido para amarla á una huérfana.

El silencio volvió á reinar hasta que llegaron á casa de sir Bowerbank y atravesaron la serie de salones de esta morada espléndida, á la que faltaba la presencia de su joven y doliente señora.

El ancho y magnífico salón, lleno de dorados, de espejos y de cuadros, era alegre y espléndido; en su más oscuro ángulo, y extendida en un canapé de seda, había pasado Fany algunas semanas; pero desde hacía algunos días ocupaba un gabinete más tranquilo y más retirado, que había sido expresamente arreglado á toda prisa para recibirla.

Dexter Stenhouse pasó por el salón alegre, brillante, donde todo hablaba de vida y de movimiento; desde el mueblaje espléndido y el perfume de las plantas exóticas, á las notas melódicas de los pájaros encerrados en una gran jaula dorada; cuando entró en la pequeña habitación retirada, donde la luz estaba velada, y ausente el aire libre, Dexter, el hombre fuerte, valeroso, lleno de salud, joven y con toda una vida por delante, se sintió desfallecer.

Una anciana criada se hallaba sentada

junto á la ventana abierta, y ocupada en coser; pero al más pequeño acceso de tos volví la cabeza, y no perdía ni el más leve suspiro de la figura inmóvil que estaba tendida en el sofá.

Stenhouse tuvo que apoyarse en el marco de la puerta: hasta aquel instante no se había dado cuenta de lo que había perdido, de lo que iba á perder. Aunque ya debía estar preparado al triste cuadro que se presentaba ante sus ojos, no podía persuadirse de que el ser que había amado tan apasionadamente, la linda joven de mejillas sonrosadas, de rientes ojos, de corazón lleno del amor más tierno y más verdadero, iba á dejar de existir.

Hallábase casado con otra mujer, hacia la cual tenía deberes que cumplir: era honrado, y sabía que la mujer propia merece muchas consideraciones por lo mismo que se halla colocada bajo la completa dependencia de su marido; pero Fany había sido su primer amor; todos los recuerdos del pasado acudieron á su corazón, traspasando éste con un dolor horrible: desde el umbral de la puerta detuvo á mistress Knowle, que iba á entrar en la habitación, y exclamó con voz ahogada:

— Dadme algunos minutos... decid que os sigo.

Dicho esto se lanzó á la escalera: el aire estaba lleno del perfume de las rosas y tibio del calor del sol: por una puerta-balcón entró en el jardín.



Durante media hora se estuvo paseando á pasos desiguales, preparándose al trance más amargo de su vida.

—Debemos vernos como dos amigos ella y yo, se decía; como dos amigos tranquilos y afectuosos; como dos amigos, sobre los cuales está suspendida la sombra sagrada de la separación eterna: á lo menos, de esa separación que llamamos eterna en este mundo, aunque no hace más que aproximar estrechamente para toda la eternidad, á los que sin ella hubieran estado separados siempre.

Entró al fin en el cuarto de Fany: ésta se incorporó ligeramente en el sofá, y tendió la mano á Dexter con tranquilidad y sin el más leve asomo de confusión.

—Estoy muy contenta de veros, Dexter,—dijo la joven con dulce voz,—y os doy infinitas gracias por vuestra bondad en venir: ¿está buena vuestra esposa? ¿lo están sus hijos?

Estas palabras tan sencillas eran en aquella ocasión las mejores, pues amortiguaron el agudo, el atroz dolor que torturaba cada una de las fibras del corazón fuerte y valeroso de Stenhouse; el presente, con sus formas tristes, se colocó entre él y los delirios del pasado, y le salvó.

¡Era ella la que veía moribunda ante sus ojos! ¡Era Fany, con su sonrisa de otro tiempo, el sonido de su voz y sus dulces maneras, que él recordaba tan bien! ¡Era su mismo modo de adelantar la mano, de retirarla y

de avanzarla de nuevo con la irresolución que era el lado débil de su carácter!

Sin embargo, el deseo loco que al llegar tenía de asirla entre sus brazos y de estrecharla contra su corazón como á una mujer mortal, se había desvanecido; contemplábalas á alguna distancia ansiosamente, pareciéndole extraña á las emociones terrestres y gozando ya de una paz sobrehumana. Deseaba postrarse de rodillas y adorarla, como el Dante adora á Beatriz cuando la encuentra en los campos del Paraíso.

—Mi mujer y mis hijos están buenos,—contestó,—y todos os agradecemos la bondad de haber enviado á buscarme; yo he sido ingrato y casi un grosero con vuestro esposo...

Fany mecía la cabeza y contestó vivamente:

—Tengo que deciros una cosa... y ahora creo que me escucharéis... O: ruego encarecidamente que consintáis en asociaros á nuestra casa... Eso será á la vez muy ventajoso para vos y muy útil para mi esposo y para Knowle: si conocierais bien á sir Bowerbank, le querríais mucho; nada sabía acerca de nuestro compromiso anterior hasta hace poco... y ha sido para mi el mejor de los maridos...

—¡Y si no lo hubiera sido!...—exclamó impetuosamente Stenhouse.

Pero, como espantado de su propia voz, que vibraba terrible en aquel aposento silencioso, se detuvo; había leído en los ojos



de Fany una expresión de terror, y se inclinó ante lo doloroso de la enfermedad, ante lo sagrado de la muerte, que llegaba.

—Por mi parte,—prosiguió en voz baja y contenida,—ya os he dicho, señora, que estoy muy agradecido á sir Bowerbank, y no me causa rubor el que sepa que mi familia y yo nos hallamos casi en la pobreza; si desea verdaderamente el que acepte yo su oferta, haré cuanto me sea posible para probarle que la merezco.

—¡Oh, sí, hacedlo así!—exclamó Fany juntando sus manos de la manera infantil é inocente que lo hacía cuando era adolescente y feliz; cuando amaba á Dexter y era amada de él.

El joven volvió la cabeza para no ver aquel ademán.

—No es cosa muy fácil,—dijo,—pero procuraré hacerlo ya que vos lo deseáis.

—Hacedlo por vuestro propio interés,—dijo Fany;—hacedlo á fin de utilizar esta manera de hacer vuestro camino en la vida, que se abre ahora delante de vos. Podéis vivir muchos años, y haciendo lo que os pido, tendréis dinero que emplear bien; influencias para vos y los vuestros: eso es lo que deseo para vos; que tengáis una vida noble, activa, útil, como yo la había anhelado para vos en otro tiempo: ahora no la veré, porque me voy; ya lo sabéis, Dexter...

El silencio siguió á estas palabras. Dexter movió los labios, pero no salió de ellos ningún sonido.

—Si, me iré dentro de algunos días, y sé que allá seré dichosa; mucho más dichosa de lo que lo he sido aquí abajo; pero quería que antes de partir para otro mundo supieráis la verdad... ¿os la ha dicho entera nuestra amiga Emma?

—¡Sí!—dijo Stenhouse, y esta palabra salió de sus labios envuelta en un sollozo.

Fany guardó silencio.

Las explicaciones eran crueles é inútiles: ambos se hallaban casados, y la sombra de un padre les separaba: el pasado había concluido irrevocablemente; el presente debía estar rodeado de la más profunda paz.

—Ahora, hasta la vista, y que Dios os bendiga,—dijo Fany con voz débil:—si vuestra esposa ha oído hablar de mí, dadle mis afectos.

—No, querida Fany, no os conoce.

—Como vos queráis: se me olvidaba una cosa; ¿qué era, mistress Knowle? ¡Oh, mi pobre cabeza!

La voz de Fany temblaba, y parecía que la arena del reloj de su vida caía con una rapidez espantosa.

—¡Ah, sí, ahora me acuerdo,—prosiguió, metiendo la mano bajo sus almohadas, y sacando un magnífico broche de brillantes;—era para daros esto y para rogaros que si tenéis una hija se lo déis en mi nombre: además, si vuestra esposa no se opone á ello, llamadla Fany.

Nadie contestó; ni mistress Knowle, que ocupaba el sitio de la enfermera, ni Sten-



house, sentado al lado de la enferma, con las manos cruzadas sobre las rodillas, y mirándola como si quisiera llevarse de ella una última imagen, animada como la juventud y la vida, durable como el amor y la muerte.

Levantóse al fin, y tomando el broche y la mano, besó las dos cosas á la vez. Esta fue su manera de darle el último adiós.

—Si venís pronto á estableceros en Liverpool, aún podré volver á veros,—dijo Fany con dulzura y con una especie de compasión en la voz, porque veía que la emoción y la pena dejaban á Dexter completamente mudo.

Pero el uno y el otro sabían bien que aquella era su última despedida en la tierra. Cuando la puerta se cerró detras de Dexter, se dijeron que no volverían á verse en este mundo.

## VIII

Así fué, en efecto. Dexter Stenhouse vino con su familia á establecerse en Liverpool cinco días antes de la muerte de la que había sido el amor primero de su vida; de todo se informó Fany por su amiga mistress Knowle, que, siempre servicial y activa, prestó la cooperación de sus consejos á la perezosa indiana que se llamaba mistress Stenhouse.

La vida de lady Bowerbank no era otra cosa que una luz vacilante; pero tomó gran interés en la elección de vivienda de Dexter y de su familia, en mobiliario de la misma y en los detalles de su interior. Les envió una porción de cosas, regalos inofensivos, que el hombre más orgulloso no hubiera podido rehusar, y que contribuyeron á su bienestar, sin que la donadora pareciese tener la más leve intención de favorecerles.

Mas la esposa fiel y cristiana, la noble mártir, jamás pidió volver á ver al hombre por cuyo amor moría; parecía tener el sentimiento de que su última entrevista había sido un fin digno y apacible de todo lo que la unía á la vida, y de todo lo que podía ha-



berle hecho penosa la muerte: en paz y tranquilamente esperó el momento del llamamiento supremo.

Llegó éste, en fin, casi de repente, como sucede en todas las enfermedades de consunción, cuando los que cuidan al enfermo creen que está muy lejano el día de la separación. Fany al morir estaba sola, y no pudo despedirse de nadie; cuando la enfermera acudió y se inclinó sobre el lecho, la oyó decir entre el rumor de su postrer suspiro:

—¡Amigo de mi alma! ¡esposo que mi corazón eligió! ¡mi verdadero esposo!... ¡adiós!...

La enfermera corrió á buscar gente, y contó á sir Bowerbank, á mistress Knowle y á todo el mundo que la última palabra de Fany había sido el nombre de su marido, y nadie pudo contradecirla.

El día de los funerales de lady Bowerbank el escritorio de la casa Bowerbank y Compañía estuvo cerrado, y los dependientes tuvieron libertad para ir donde mejor les pareciera; pero, excepto este día, el más joven de los asociados no estuvo jamás una hora ausente de su pupitre; llegaba muy temprano, se retiraba muy tarde, y despachaba el quehacer del día por él y por sus dos asociados: de mister Knowle, preso en su casa por el reuma, y de sir Bowerbank, que en aquellas circunstancias no estaba capaz de pensar en nada.

Los Agentes de Bolsa que hacían negocios con él todos los días aseguraban que la infusión de aquella nueva personalidad co-

locaría muy alto en la plaza de Liverpool el nombre de la casa de Bowerbank y Compañía; pero no adivinaban que en la vida del nuevo asociado se había apagado una luz que jamás volvería á encenderse.

Dexter Stenhouse vive hoy, y su vida no es estéril ni triste; disfruta de una tranquila prosperidad y tiene la estimación de cuantos le conocen; en la apariencia es un hombre dichoso; su casa, un poco triste, es á la vez tranquila y confortable, y se ha embellecido con la presencia de una niña, hija de Dexter, que la hizo poner el nombre de Fany. Para todo el mundo, y con la aprobación general, ha querido honrar así al jefe de la casa y á su difunta esposa, la joven lady Bowerbank.

El admirable instinto de Fany Kendal había leído claro en el porvenir; sir Bowerbank y Stenhouse se han unido estrechamente, semejantes atracciones suelen verse en las circunstancias que, para las almas vulgares, sólo engendran odio y celos: pero la muerta y los dos hombres que la habían amado tenían un noble corazón: ninguno de ellos había hecho con intención daño á los otros, y todos habían sido víctimas de aquel corazón egoísta y duro que ya no era más que un puñado de polvo.

Los decretos misericordiosos de la Providencia han dispuesto que la acción del mal sea más limitada que la del bien, sobre todo cuando hace sentir la mano bienhechora de un destino inevitable, á la cual resisten los



malvados y los locos, pero que es un consuelo para los buenos.

Cuando Fany descansó en los brazos de la muerte, los dos hombres que la habían amado y llorado, el uno con desesperación, el otro con una ternura mezclada de piedad, se sintieron atraídos el uno hacia el otro de una manera que no querían ni sabían explicarse; buscaron su mutua compañía, al principio con timidez y vacilación, después con una especie de curiosidad, y al fin por simpatía.

La gran diferencia de su edad, y el no haber tenido padre el uno, ni el otro hijo, dió por resultado el borrar todo sentimiento de rivalidad, y crear entre ellos lazos de mutua atracción y de servicios mutuos; y la que ya no existía, aunque su nombre no se había pronunciado hasta el día en que Stenhouse pidió permiso al amo de la casa para dárselo á su hija, constituyó entre ellos una unión más fuerte que ninguna circunstancia exterior.

Los esposos Knowle quedaron sorprendidos al ver las cordiales relaciones que unían al asociado más viejo con el más joven; mas los Knowle eran tan buenas gentes, que, aun sin comprender los motivos, y aun esperando lo contrario, se alegraron mucho de la marcha que tomaban las cosas.

Amaban con una ternura melancólica á la pequeña Fany, y la buena mistress Knowle dedicó á aquella niña una pasión más grande de la que los niños le inspiraban en general.

Así viven hoy las tres ramas de la opulenta casa Bowerbank y Compañía, de Liverpool: dos asociados son muy ricos y no tienen hijos: el tercero tiene menos haberes y cuatro boquitas que llenar, así como cuatro cuerpecitos que vestir. Dexter Stenhouse no hace distinciones entre los cuatro niños, y es un buen padre para todos, dándoles una esmerada educación.

Cuando sus hijas crezcan y hayan de casarse, la triste experiencia de su vida le servirá de mucho.

Se dice que una de estas niñas será muy rica, porque la ha escogido sir Bowerbank para que herede á lo menos toda la parte de fortuna que le aportó su difunta esposa: en cuanto á la suya, sir Bowerbank no oculta su intención de legarla á los establecimientos de caridad.

Fany Stenhouse corre, entre tanto, por las bellas calles del parque de Birkenhead, con su traje de cotonía, y algunas veces con sus botitas agujereadas. Su padre la cuida, y es para ella una madre también; porque mistress Stenhouse, aunque dulce como siempre, se ha sumergido más que lo estaba en sus costumbres de indolencia y de languidez elegante.

Dexter Stenhouse piensa ya, con un vago sentimiento de terror, en el día en que un esposo vendrá á arrancar de sus brazos su único amor, su pequeña Fany; pero seguramente se mostrará aquel día un padre justo y amante; y si por la debilidad de la natu-



raleza humana dejase penetrar á la ambición en su alma, pensaría entonces, como frecuentemente piensa ahora, en sus insomnios, y en tanto que su esposa duerme profundamente á su lado, en una tumba apacible situada en la orilla del Waterlloo, donde está enterrado el amor de su juventud, la única mujer que le hubiera hecho verdaderamente dichoso, siéndolo ella misma, la que, en vez de morir de tristeza al entrar en la juventud, hubiera podido vivir largos años, para ser la luz de su hogar y la madre de sus hijos.

¡Oh, si! ¡En el alma de Dexter Stenhouse no pueden entrar la ambición y la injusticia, porque está llena del dulce recuerdo de Fany Kendal!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

*(Arreglo del inglés.)*



DOO

UN

F  
K

100  
100